

Tratamiento Ambulatorio del Alcoholismo

Voy a enfocar el tema tratando de analizar las ventajas e inconvenientes propias de este tratamiento. Naturalmente, estas ventajas e inconvenientes los analizaremos comparativamente con la otra forma que existe fundamentalmente de llevar a cabo un tratamiento individual contra el alcoholismo, es decir, el tratamiento hospitalario.

Hablaré en primer lugar de las ventajas que a mi parecer puede traer consigo el tratamiento ambulatorio.

Primero una característica fundamental de este tipo de tratamiento es el hecho de que no desconecta al enfermo de su medio laboral y familiar. En el caso de que estos medios no supongan un factor generador de angustia y ansiedad, si no se trata de un trabajo y un medio familiar conflictivos, el no separarse de ellos, el que los puntos de referencia que le sirven al alcohólico para orientarse en la vida no varíen, en un momento en el que se le exige un esfuerzo importante, puede facilitarle la tarea de dejar de beber.

Por otro lado, al no separarse de la familia, todos los miembros viven en conjunto los problemas del tratamiento, y la familia, cuando es capaz de hacerlo, proporciona al enfermo afecto y comprensión, que van a suponerle un apoyo considerable en su proceso curativo.

Esta permanencia en su propio medio durante la curación, pueden significar también, según las características del medio, un inconveniente, como veremos más adelante.

La segunda ventaja del tratamiento ambulatorio consiste en que para el enfermo alcohólico es más fácil de aceptar que un tratamiento en régimen de internamiento. El enfermo alcohólico acude al tratamiento de forma espontánea en muy contadas ocasiones, la mayoría de las veces el alcohólico acude bien a la fuerza, bien coaccionado por las circunstancias externas —amenazas de despido en el trabajo, coacción familiar, etc.—. En esta situación es mucho más factible que el enfermo acepte cooperar en mayor o menor grado en un tratamiento que consiste en tomar unas medicinas y tener una serie de entrevistas con el médico y con otros pacientes, que acepte cooperar en un tratamiento en el que lo van a encerrar en un manicomio, y sabemos que la cooperación del enfermo es fundamental para que el tratamiento tenga éxito.

Si le proponemos a un enfermo que se interne, encontraremos casi siempre una fuerte resistencia por su parte, resistencia dictada por el miedo al Hospital Psiquiátrico, a lo que le puedan hacer allí, a no poder salir, a que la sociedad no lo acepte a su salida... Estos

"Todos tenemos experiencia de un sentimiento que a veces nos invade y nos hace creer que lo que decimos y hacemos, hace ya mucho tiempo que lo hemos dicho o hecho; que en tiempos pasados e imprecisos hemos estado rodeados de las mismas figuras, de los mismos objetos, de las mismas circunstancias; que sabemos bien lo que va a seguir, como si de repente lo recordáramos."

(Carlos Dickens. "David Copperfield")

¿Estamos inmersos en la ilusión de lo ya visto? Creemos que no, creemos sinceramente que pisamos tierra firme, y que caminamos por ella, lentamente, pero de un modo consciente. Como dice Goethe "la historia de la ciencia es la ciencia misma". Por lo que la historia de una enfermedad y su tratamiento es ahondar en la enfermedad y en el tratamiento. Y siguiendo al mismo autor diremos que "no se sabe bien lo que se posee si no se conoce lo que otros han poseído antes que nosotros".

El alcoholismo: ¿plaga social?, ¿desgracia familiar? ¿Enfermedad?

No precisa nos remontemos a muchos años atrás. A los dementes se les consideró ya en la Alta Edad Media como enfermos y no endemoniados. Pero, ¿y a los alcohólicos? Hasta hace muy poco tiempo se les consideraba como unos viciosos, a cuyo vicio se le adicionaba el epíteto de "denigrante". Un alcohólico —un borracho empedernido— era la escoria de la sociedad y la vergüenza de la familia.

Hoy ya no. Pero ese NO, ¿lo podemos pronunciar categóricamente? Se ha recorrido mucho; pero falta mucho, muchísimo por recorrer. Si comparamos el I Congreso Nacional de Alcohólicos Rehabilitados celebrado en Oviedo con el IV celebrado en Valencia, podremos darnos cuenta de la favorable trayectoria seguida en el reconocimiento social y terapéutico de la enfermedad.

Que es una plaga ya no cabe duda; que es una desgracia familiar es indiscutible. Que es una enfermedad y debe tratarse como tal, y sobre todo, prevenirla... Aquí la contestación ya no puede ser tan radical: mucho se ha conseguido gracias a eminentes especialistas que conocen y tratan a fondo esta endemia nacional. Pero, ¿y la sociedad?, ¿está adecuadamente informada? Comienza a detectar, pero en madejas sueltas y no concretas y unificadas.

El Gobierno en pleno, en el Consejo de Ministros celebrado el día 20 de junio último, reconoció que existían enfermos alcohólicos, y tomó el acuerdo de informar para prevenir y de especializar para curar. Pero un acuerdo no se plasma en realidad hasta que no se lleva a cabo con la debida eficacia.

Entonces ¿estamos solos? No, estamos con nosotros mismos; y cada vez somos más los que reconocemos nuestra enfermedad y los rehabilitamos. ¿Vamos contra la sociedad? No, vamos a favor de ella. Como dice un reciente premio Nobel, la sociedad también tiene sus enfermedades; y la sociedad española, naturalmente, no puede librarse de tener las suyas: la principal es estar embebida y absorbida por el alcohol.

Nunca estará sanada nuestra sociedad española mientras no se reconozca el alcohol como droga, ya que lo es, y lenta, pero por ello más peligrosa, y se controle rigurosamente su consumo. ¿Hay intereses particulares? Naturalmente; pero antes que el reparto de dividendos de una minoría capitalista con paranoias usuraria, está el Bien Común. Hemos de extirpar esas ponzoñosas raíces que socavan el edificio de nuestra sociedad y de nuestra cultura. No hemos de hacer de comparsa a esa pseudoaristocrática élite de elegantes usureros sin escrúpulos, cuyo solo objetivo es engrosar su ya latipatrimonial fortuna, a costa de la salud y bienestar de los demás.

Somos muchos los enfermos alcohólicos, y muchos los que nos hemos rehabilitado, pero pocos en comparación con los que van adquiriendo día tras día esta enfermedad. Haciendo un símil con la teoría de Tomás Malthus, las rehabilitaciones van en progresión aritmética, mientras las caídas van en progresión geométrica.

No estamos solos, no, estamos con nosotros. Volvamos a hacer historia y comparemos los Congresos de Oviedo y Valencia, pasando por Alicante y Valladolid. Hemos progresado mucho: ¡Pero cuánto más se hubiera conseguido si la sociedad, los responsables de la sociedad, hubieran respondido a los aldabonazos con los que ininterrumpidamente estamos llamando a su conciencia de gobierno!

No desconfiamos, ni nos descorazonamos, ni nos desmoralizamos. Los alcohólicos rehabilitados somos personas sensatas e íntegras, y aunando nuestras inquietudes por nuestra salud y la SALUD PÚBLICA, lograremos, paso a paso, nuestros anhelos de bienestar social, por el que lucharemos denodadamente.

Las Ponencias desarrolladas en el Congreso, y que en este Boletín se insertan, logran hacer ver nuestras realidades y nuestras aspiraciones, arduas, pero vigorosas. Y podrán dar idea de nuestro ayer, de nuestro hoy y de nuestro mañana.

Y que ese mañana sea realidad es lo que pretende

A V E X